



¡Qué paisanaje, machol!

Animados por el precedente que significa el hecho de que el Presidente Richard Nixon vaya a ser propuesto para el Nobel de la Paz, los vecinos de la calle Zorromoco van a proponer para el Premio Nobel de Física a Bartolomé Gacho Uzcuela. Según parece, el artilugio fabricado por este señor, a base de cachos de guita y restos de bigudies, desatasca los lavabos a la primera de cambio. ¡Que Dios reparta suerte!

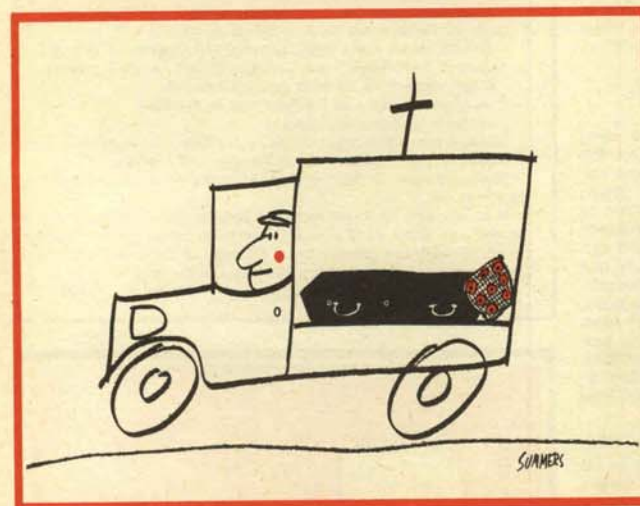
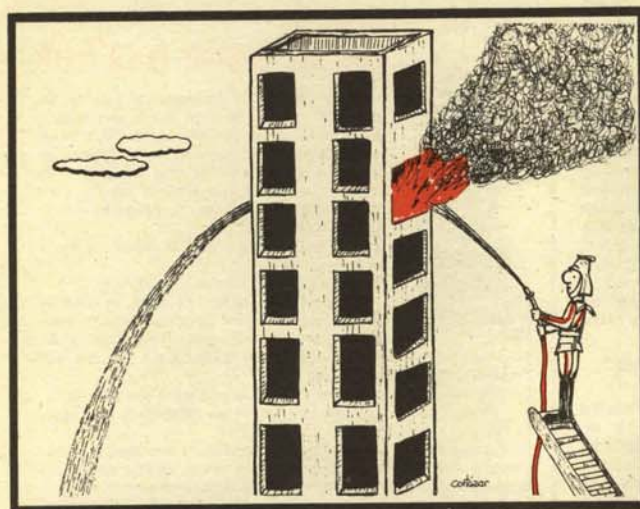
El censor cinematográfico Aníbal Borbote convoca una reunión semanal para comentar las secuencias que él mismo ha cortado en determinadas películas. El jueves próximo, el señor Borbote contará las escenas que eliminó del film «¿Qué tal, Pussy-cat?». Los interesados en conocer el argumento completo pueden dirigirse el citado jueves (ocho de la tarde) al Centro Parroquial de la calle Caladillo.

La Asociación de Damas Anticomunistas y Caritativas de Villamagna del Boquete están dispuestas a retar al actual campeón del mundo de ajedrez, el ruso Boris Spassky, en caso de que venza a Bobby Fischer. Con tan nobilísimo propósito, están enseñando a mover las fichas a doña Serafina Saborido, campeona regional de parchís.

AGENCIA PAM



OPS



—V a m o s. Ferguson, deje eso para los «B-52» y mate chinos como Dios manda.

Mis enemigos muertos



LA MARQUESA DE FLORTIBIA

Aunque yo no tengo la culpa, la marquesa de Flortibia era mi madre. Me odió desde siempre, porque ella esperaba un niño bello y decadamente delicado que se pareciera a Lord Byron o, en todo caso, a Espronceda. Pero yo vine a este mundo pesando 16 kilos, soltando eructos y asomándome por el escote de la enfermera.

—¡Se parece a Ringo Bonavena! —sollozó mi madre al verme. Y empezó a odiarme.

Mucho tiempo después supe que, además de marqués, había yo nacido padeciendo un error congénito del metabolismo de clase.

Mi madre me puso Leopoldo Luis, me peinó con unos ridículos bucles que en nada favorecían a una mala bestia y quiso enseñarme las diferencias sustanciales que existen entre un señor y un hombre. Esto habría de hacerme sufrir mucho.

—Mamá, ha venido un hombre —decía yo tras abrir la puerta. Y era el conde de la Corrupla.

—Mamá, ahí hay un señor —anunciaba otro día. Y se trataba del lechero.

A mi madre, estos imperdonables errores la provocaban muy finos soponcios, que me hacía pagar después echándome por el retrete de servicio y tirando de la cadena. En diez años sufrí este humillante castigo alrededor de las 60.000 veces.

Mi aristocrática progenitora estuvo a punto de palmar en otra ocasión, cuando en una selectísima reunión terminó un comentario diciendo: «... y Menganita es de muy buena familia». Yo aproveché el instante de silencio que se produjo nada más terminar ella, y

pregunté con mi voz más aguardentosa:

—Mamá, ¿hay aquí muchas familias malas?

Aquel día, el telefe fue muy comentado. Por la noche, además de echarme por el retrete, clavó la tapa.

Del último no ha salido la pobre. Le dio al descubrirme cuando comprobaba que (como yo temía) mi hermanito Francisco José no albergaba ni una mala gota de sangre azul. En el momento de ser sorprendido, yo le llevaba inspeccionados ya cuatro litros y medio. Esta vez el achuchón de mamá ha sido tan fuerte que se le han enconado las almorranas, difiéndola de ahogo. Ha sido una muerte muy poco elegante.

EL JEFE DE LA BANDA